

yes.
nue
Bor
rado
de
pria
J. F.
nan
los
José
rian
men
Ser
Rey
N. c
so.
José
Por
Fra
Ma
Ans
sé
car
Fra
Am
mir
sé
Ru
nue
Ca
He
mú
De
len
me
mir
jal.

DEL CULTO PÚBLICO.

III.

La oracion, que puede decirse es la emanacion del sentimiento religioso, como el eco del corazon, ya sea que sufra, ruegue, ó prorumpa en alabanza del Criador, es un acto que dejaría de ser agradable, y me atreveria á decir, que no asciende á los cielos, si por una vergüenza falza no se ejercita sino en el retiro, y procuran do huir de la publicidad.

Es propio del orgullo del hombre ambicio nar casi siempre ser honrado con el nombre de algun heroe, de algun rey, y á véces se contenta con solo el de un rico simplemente, sin cu rarse, que en los análes de la sociedad tenga es te una página manchada. ¡Apénas podrá creen se tan doloroso delirio! Vense todos los dias una multitud, que sin mas bienes que la miseria y el hambre, en medio de su afligida situa cion, aún olvida sus martirios entretenida re friendo la historia de sus antepasados, elogian do sus hechos, presentando á sus abuelos como

Narciso Sañudo. Por mí y familia José Maria Caballero.
Francisco Carranco. Guadalupe Espino. Por mí y toda mi familia José Mariano Mesa, Joaquin Ruiz. Ignacio Herre ra. German Rivera. José Maria Chavero. Trinidad Gu

ejemplos dignos de imitacion ¿y qué abue los? acaso los que inundaron de sangre el sue lo de alguna nacion; acaso hombres á quienes solo una triste celebridad pudo colocar en al gun rango distinguido; sin embargo, una porcion se honra con su nombre, una porcion con sagra mil suspiros á su memoria, y á su tumba no falta una flor, una guirnalda, una inscrip cion, una huella de lágrimas. Las víctimas de un duelo fratricida, del vengador injusto, el opresor, el malvado en fin, todos tienen ami gos: el sepulcro de los primeros raras veces es ta solitario; los otros, su nombre es pronuncia do con respeto, y muy pocos se avergüenzan de penetrar en sus asilos.

Ahora bien: si ese culto arrancado por las pa siones, se tributa públicamente á los hombres, porque se negaria el que en su línea se debe á la Divinidad, inspirado por el noble senti miento de la piedad y de la gratitud? Por otra parte: es muy racional y puesto en justicia que la satisfaccion sea dada cuanto baste á des agraviar de una falta cometida; así es que siendo en lo general públicas las ofensas al Criador, el testimonio de nuestra retractacion debe ser pública. Además, al que domina los tonos; á aquel que nos ha restaurado el Paraíso

yes.
nue
Bo
rad
de
pria
J. I
nan
los
Jos
riar
me
Ser
Re
N.
so.
Jos
Po
Fr
Ma
An
sé
car
Fr
An
mi
sé
Ru
nu
Ca
He
mi
De
len
me
mi
jal.

perdido; aquel que nos justificó delante de su padre y dividió su reyno con nosotros, á este Ser amable y divino ¿no sería justo consagrarle el incienso de un suspiro, si llora el corazón contrito, ó rié con el júbilo santo que inspira la virtud? ¿Sería justo llevar su nombre en silencio, avergonzarse de llamarse su amigo, rehusar la frecuencia de su casa? ¿No sería insultar á la gratitud el falzo rubor de doblar la rodilla delante de él, y pronunciar su nombre con respeto? El imperio de la debilidad y de la ingratitud ha hecho que los actos piadosos sean mirados con el mas insultante desprecio; el orgullo hace diariamente que los que deberían avergonzarse de sus crímenes públicos, mirén como una humillacion al acto de penetrar en los templos. El que no repara en concurrir con frecuencia á la casa de los grandes y adularles elogiando sus maldades y sirviéndoles de encubridor muchas veces, se cree deshonorado asistiendo á las iglesias, venerando los Santos, y huye de aparecer ridiculo viniéndolos en sus habitaciones. ¿Espantosa maldad que no se cuenta de los idólatras! Todos los pueblos tributan unánimemente á sus divinidades un culto público. Los que las creen en el sol, los que

Narciso Sañudo. Por mí y familia José Maria Caballero.
Francisco Carranco. Guadalupe Espino. Por mí y toda mi familia José Mariano Mesa, Joaquin Ruiz. Ignacio Herrera. German Rivera. José Maria Chavero. Trinidad Gu-

ven en las plantas, y aun los que las suponen en nosotros mismos, les rinden homenaje públicamente. La idea de este deber, la conviccion de esta necesidad, hizo á la antigua Grecia levantar altares á los dioses que soñó en medio de la embriaguez de sus placeres: mil veces hizo arder el incienso en los templos, coronando de flores las aras consagradas á sus divinidades voluptuosas. Los bosques de Citerea oyeron los suspiros que los amantes dirigian á Vénus, y muchos doblaron la rodilla delante del raptor de Europa. Numa, el emperador de los Romanos, puso fuego inextinguible en el altar de Vesta y mil vírgenes cuidaban de atizar el sacro fuego. Flora fué engalanada con las flores de los campos, y tambien se le tributaron amargas lagrimas á la zelosa y vengativa Juno. Se invocó el nombre de Neptuno para templar los vientos, y las olas de la mar embravecida. Del alado Mercurio se oian las palabras de los dioses; y al que llamaron el divino Apolo se dió la presidencia de las Musas. El rojo mirto ciñó las sienes de la hija de las ondas; la áurea espiga fué consagrada á Ceres, y en sus manos se ostenta la nacar amarilla. Ahora bien: si cuando los hombres fueron

presas del sueño letárgico del gentilismo; si arrastrados por la funesta ilusión de los placeres fingieron divinidades á su antojo, y creyeron culpable al que no les tributaba adoracion, ¿lo sería ménos el que la rehusa á la única y verdadera Divinidad de los cristianos? Los héroes del gentilismo; los que han ceñido el laurel sangriento de las batallas, ó el malvado que ha logrado entronizarse á fuerza del crimen; merecerá mas bien la adoracion del hombre, que el hombre Dios muriendo por salvarnos? Si la multitud adúladora se agrupa en torno del que acaso nos humilla para elevarse, y nos sepulta en la afrenta ¿huirá de tributar sus homenajes al que se humilló por elevarnos y darnos una dignidad superior á la del ángel mismo que prosternado entre el incienso y argentadas nubes lo adora sin cesar? ¿Nosotros que estamos convencidos quén es, dónde existe, y cuando hemos oído su voz, que nos aconseja, y nos dirige de mil diversos modos?

El unánime consentimiento de los pueblos, los ejemplares que nos presenta la historia, y por último nuestro mismo sentido íntimo nos convencen de la existencia de ese deber impuesto por el mismo Dios, para él exclusivo mente: "No tendrás ni adorarás dioses estran-

yes.
nue
Bo
rad
de
pria
J. l
nar
los
Jos
riat
me
Ser
Re
N.
so.
Jos
Po
Fr
Ma
An
sé
ca
Fr
An
mi
sé
Ru
nu
Ca
H
mi
De
le
me
mi
jal.

Narciso Sañudo. Por mí y familia José Maria Caballero.
Francisco Carranco. Guadalupe Espino. Por mí y toda mi familia José Mariano Mesa, Joaquin Ruiz. Ignacio Herrera. German Rivera. José Maria Chavero. Trinidad Gu-

ños delante de mí, ¿le ha dicho al pueblo, que acabándolo de sacar de la esclavitud, y salvándolo aun de la muerte, levantó altares en el desierto á un beserro de oro, á quien ofrecia víctimas, y á quien habia confiado su corazón. La misma naturaleza nos inclina á amar, á publicar el nombre de aquel, de quien hemos obtenido algun favor; y he aquí la razon, por que es un lamentable pecado no adorar públicamente á Dios y á sus Santos, y el verdadero cristiano debe mirar con horror á todos los que blasfeman de impios, ó que se llaman despreocupados.

Si hay quien se indigne de llevar el nombre de Dios, ese es un reo, á quien le comprende el terrible anatema del Crucificado: "quien me negare delante de los hombres, yo le negaré delante de mi Padre, y el que me confesare delante de los hombres, yo le reconoceré delante de mi Padre, que está en los cielos."

Desgraciadamente estas terribles expresiones de Jesucristo, no se recuerdan con frecuencia, ó se desprecian. Se lleva á mal la invocacion de los santos, parece que no tienen prestigio sus reliquias, y el hombre Dios muriendo por el hombre solo obtiene cada dia una renovacion de sus dolores; parece degradante mostrar en público á los piés del mártir sublime; su



dolorosa voz y sus gemidos van á estrellarse entre las rocas de una naturaleza inanimada, ¡el corazon no tiene oidos! parece ha muerto para la virtud! No seais vosotros, ó jóvenes, del número de esos desventurados: emplead la oracion, elevad al Señor vuestra inocente plegaria, este es un deber imprescindible, pues de Dios lo habeis recibido todo, y sin su auxilio en vano esperaréis entrar fuertes y seguros en el tortuoso sendero de la vida.

Tambien pertenece al culto público la veneracion, y el respeto que se debe á los sacerdotes.

El ejemplo de este deber nos lo ofrecen aun las sociedades más bárbaras. Los Bracmanes son un testimonio de esta verdad: los Druidas veneraban á sus sacerdotes como depositarios del saber; á ellos les encomendaban sus preces, y á sus piés deponian sus lágrimas, para que las elevaran á la luna, á esa Vestal de la noche á quien creian una divinidad.

Los Egipcios oian de la boca de sus sacerdotes el anuncio de su porvenir, y solo á ellos les era permitido quemar incienso en los altares de sus dioses. Pues bien: si los idólatras, si los que vagaban en las sombras de la ignorancia y del gentilismo respetaban á los ministros

Narciso Sañudo. Por mí y familia José Maria Caballero. Francisco Carranco. Guadalupe Espino. Por mí y toda mi familia José Mariano Mesa, Joaquin Ruiz. Ignacio Herrera. German Rivera. José Maria Chavero. Trinidad Gu-

yes.
nue
Bot
rad
de
pria
J. l
nar
los
Jos
riat
mel
Set
Re
N.
so.
Jos
Po
Fr
Ma
An
sé
ca
Fr
An
mi
sé
Ru
nu
Ca
H
mi
De
le
me
mi
jal.



de sus divinidades ¿no es cierto, que el que se llame católico, debe necesariamente respetar y venerar á los ministros del Crucificado? ¿pues qué, una conviccion infundada como la de los gentiles respecto de Dios, tendria mas influencia en el corazon, que la verdad misma? ¿pues qué, los destellos del Calvario, ó el gemido de un hombre Dios muriendo por el hombre, gemido que aun parece resuena en aquella funesta soledad; tiene ménos imperio en el corazon cristiano, que las iniquidades de los hijos de las tinieblas? Es verdad que hay una multitud ilusa, que se esfuerza diariamente en deprimir y predicar contra el clero católico; la corrupcion de su corazon les hace mirar en tales ministros, el tropiezo, el obstáculo para sus miras; la ansiedad de una libertad mal entendida que no es sino la esclavitud á sus ideas desoladoras, los obliga, puede decirse, á procurar de mil modos la extincion del sacerdote. Si aman á la verdadera Divinidad, ¿por qué se rehusa el respeto á sus ministros? Olvidan, sin duda, la conexon que el sacerdote tiene con el Eterno; olvidan sin duda, que el sacerdocio es una dignidad heroica, y que para adquirirla ha temido el hombre que desprenderse aun de las más sencillas é inocentes ilusiones de la vida. El altar y las



yes.
nue
Bo
rad
de
prie
J. l
nar
los
Jos
ria
me
Ser
Re
N.
so.
Jos
Po
Fr
Ma
An
sé
ca
Fr
An
mi
sé
Ru
nu
Ca
H
mi
De
ler
me
mi
jal.

dolencias humanas, ¡he aquí su único recreo. Las tempestades, los desiertos, las asperezas, no son obstáculos para llevar al lecho del moribundo los dulces consuelos de la religión. La cabecera del desgraciado, la oscuridad de un calabozo, los peligros de la guerra, el insomnio, el hambre, el cansancio y alguna vez aun las enfermedades, nada basta para obligarle á derramar por todas partes los tesoros del que nos redimió en el Gólgota. Hombre como todos, está sugeto á las mismas pasiones; tambien asaltan á su corazón, y acaso con mas fuerza, los deseos, las aspiraciones, que agitan generalmente á la humanidad. Acaso alguno llorará en el silencio del claustro, al pié de los altares, y con una penitencia dura expiará los tristes deslices de su juventud pasada. Encañecido entre las sombrías paredes de un monasterio; allí, encorvado por los años sin pensar mas que en Dios y en sus hermanos muere, legando á la posteridad un ejemplo de abnegacion la mas terrible de sí mismo. Ahí hizo estrellarse las pasiones en las sagradas aras del santuario; puso coto al torrente mundial; enfrenó el torvellino impuro de las agitaciones humanas corrompidas y despues de haber hecho el bien que pudo, espira esparciendo

el aroma de su virtud, como la flor, que al marchitarse, parece manda á los vientos el último perfume de su caliz, que se seca; y este hombre venerable, esta víctima santa, ¿no merece respeto? Una criatura ejerciendo un ministerio santo, y colocada entre la espada del impio; un ser desprendido de sí mismo, olvidado aun de las afecciones que le son permitidas á todos los hombres, esperando en la tierra solo una amarga recompensa; ¿no habrá merecido en la carrera de sus sacrificios un solo tributo de veneracion?

Solo á la impiedad inconsecuente le está reservado dirigir sus tiros contra los ministros del Dios verdadero.

„Amad y respetad al Eterno” esclama ella: pero a sus ministros exterminadlos, porque sus doctrinas no convienen con nuestras pasiones, su existencia es el obstáculo para el progreso, para la ilustracion y engrandecimiento de las naciones”. ¿y quiénes fueron los que en los siglos de barbarie establecieron escuelas para los niños? ¿quiénes desenterraron de las ruinas de los tiempos de los Totilas los recuerdos encantadores de las ciencias y aun de las artes? ¿quiénes en los tiempos del corcel y de la adarga, dulcificaron con sus lecciones el ca-

Narciso Sañudo. Por mí y familia José Maria Caballero.
Francisco Carranco. Guadalupe Espino. Por mí y toda mi familia José Mariano Mesa, Joaquin Ruiz. Ignacio Herrera. German Rivera. José Maria Chavero. Trinidad Gu-

racter feroz aun de los Reyes, que solo soñaban con los torneos y el homenaje á la muger amada? pregúntesele á esa época sombría, y donde quiera, en todas partes, está estampada la huella del sacerdote: los subterranos, los bosques, las ciudades, todo testifica que el sacerdote, fue como el astro que vino á disipar las sombras de la noche fatal de aquellos tiempos.

No obstante, no se estime este mérito; no se vea este servicio, contémplese solo como ministro de Dios, constituido para ser su intérprete, para presentarle nuestras plegarias, y darnos el bien que nunca termina, y esta reflexión basta para convencernos que debiendo tributar á Dios un culto público, este es en parte imperfecto, si al sacerdote no se le guarda el respeto, que se le debe. Con relacion á Dios reclama justamente nuestra consideracion, quien quiera blasonar de cristiano, debe llamarle su amigo y pedirle sus consejos. El que olvidará y la ingratitud deben enmudecer á la vista de su mision, y conduciendonos por él hasta el sepulcro ¡plegue á Dios, él mismo sierra nuestros ojos, al sueño tranquilo de la muerte.

Narciso Sañudo. Por mí y familia José Maria Caballero. Francisco Carranco. Guadalupe Espino. Por mí y toda mi familia José Mariano Mesa, Joaquin Ruiz. Ignacio Herrera. German Rivera. José Maria Chavero. Trinidad Gu-

DEBERES DEL HOMBRE

PARA CON LOS DEMAS.



Por un efecto de las leyes de la naturaleza, los hombres dependemos necesariamente unos de otros, de manera, que todas nuestras operaciones deben tender al bien público, al bien de la sociedad que nos rodea. Apenas se anuncia nuestra entrada en la vida, y ya hay un ser amable, un ser previsor y diligente que cuida de nosotros con ternura, espia nuestros mas ligeros movimientos para ir en nuestro socorro, el sueño huye de sus párpados, el dia lo emplea en preparar nuestros pequeños vestidos, y puede decirse es un constante centinela, que vela por nuestra conservacion: nos nutre consigo misma é imprime sin cesar en nuestra